

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista Semanal*, por D.^a Carolina Sorel.—*Cassandra Fedele*, por D.^a Angela Grassi.—*La Primavera* (poesía), por D.^a Clotilde Aurora Príncipe.—*La Cruz del Olivar* (continuación), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*Juicios y reglas sobre la poesía y arte de escribir*, por Fernan Caballero.—Teatros, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 848.—*Grabado de Labores*, núm. 687.

REVISTA SEMANAL.



EN tiempo delicioso, como pocas veces se conoce á mediados del mes de Abril, ha favorecido los días de la Semana Santa que el pueblo de Madrid dedica exclusivamente á la visita de los templos.

No son estos ciertamente ni por la estension de sus naves ni por la magnificencia de sus retablos los que corresponden á la corte de España, ni pueden compararse con las grandiosas Catedrales de Toledo, Burgos y otras capitales; pero su número no deja de ser considerable, y todos han sido pocos en estos días para contener la inmensa concurrencia que con la debida compostura y fervor religioso han asistido á los Divinos Oficios celebrados en ellos con la pompa severa que en sus festividades ostenta la Iglesia católica.

Como todos los años los Caballeros de las Órdenes Militares se han reunido en sus iglesias respectivas: los de Santiago en la de sus Comendadoras; los de Alcántara en la del Sacramento, y los de Montesa y Calatrava en la que lleva el nombre de las Señoras de esta Orden. En todas ellas la magnificencia del culto ha correspondido á sus tradiciones históricas.

Los Caballeros de San Juan de Jerusalem han celebrado los Oficios en la iglesia de San Francisco, cuyo alumbrado se distinguía por su particular disposicion. Templado el brillo de las luces del Monumento, y de las lámparas que adornaban su grandiosa rotonda, por grandes bombas blancas, producian una luz suave que convidaba á la meditacion.

La concurrencia en estos templos, cuya entrada es siempre por esquelas de convite, ha sido tan numerosa y distinguida como de costumbre, asistiendo las señoras con trajes del mejor gusto, que por su elegante sencillez armonizaban con los uniformes ó el fraq negro de los caballeros.

Como el día lo permitia, la mayor parte de las señoras iban el Jueves en cuerpo, y por lo general de negro, y de azul ó morado las señoritas. No es ya de buen tono la suntuosidad que en estos días ostentaban nuestras madres.

La música ha contribuido tambien con su armonía á estas solemnidades religiosas; pero ya los suaves acordes del arpa y del salterio que acompañaban las Lamentaciones del Profeta ceden su lugar á la sonora y potente voz del órgano, que estiende por las bóvedas del templo sus ecos de gloria, así que las campanas han anunciado la feliz nueva de la Resurreccion. Al recogimiento de estos días sucede el júbilo de la Pascua, y Madrid recobra su animacion y su vida normal.

La Moda tambien recobra su cetro, que habia dejado á un lado en estos días de luto, y se presenta rejuvenecida con las galas de primavera.

El imperio de la Moda se estiende á todas las circunstancias de la vida, y en esta época del año no podia olvidar ni el atavío fresco y sencillo de la primera comunión de la niña, ni el traje de la desposada. El figurin que tenemos á la vista (núm. 848) nos presenta modelos para una familia entera.

La madre de familia que figura en primer término lleva un traje de grós grain, verde claro. La falda del vestido figura abotonada por delante y va guarnecida en el bajo por dos trenzas de raso del mismo color: la manga es ajustada y tiene en el hombro un lazo de seda con borlas. Un sobretodo de la misma tela del vestido, sin mangas, completa el traje. Esta confeccion va cerrada por delante con botones hasta el talle: las costuras y contornos están guarnecidos de un vivo de seda y un encaje blanco. Una ancha guarnicion de esta termina el sobretodo. El sombrero es de crespón verde sobre un rizado de tul blanco con un encaje

blanco levantado encima del ala, y otro por detrás á manera de bavolet; un cordon de marabús se estiende de una á otra brida, que son de tul blanco orilladas de puntilla de encaje.

El vestido de niña para la primera Comunión es de muselina blanca: el cuerpo va fruncido, y cruza al lado izquierdo, guarnecido de un entredos bordado: la manga es estrecha y en su pegadura lleva un rizadito. La falda larga es lisa y termina en un jareton: la túnica forma puntas á los lados, con aberturas en éstos de enrejado y borlas en las puntas. Cinturon con los cabos por detrás. La gorra es de muselina tambien, redonda y rodeada de un plegado.

El vestido de novia es de tafetan blanco, con el cuerpo escotado, guarnecido el escote de una blonda con un cordon de rosas blancas en su centro. Las mangas y hombrecillas son de tafetan, lisas, con aplicaciones de blonda: el cuerpo va cubierto de tul, pero no las mangas. La falda es de tafetan y va cortada al biés, y el bajo en grandes almenas ligeramente ondeadas, y guarnecidas de una blonda lisa: debajo de las almenas y cosido por dentro va un gran volante de tafetan, fruncido, que termina la falda. La sobrefalda de tul va levantada al lado derecho por un cordon de rosas y lilas blancas, y ligeramente cogida en el izquierdo por una abrazadera de las mismas flores. El cinturón es de seda con el ramo de desposada á un lado. Una camiseta de muselina, muy plegada, cerrada por del ante con botones, y con golita pequeña de encaje completa el

vestido. El peinado es liso con bandós á la virgen y el moño muy levantado. El velo de tul va plegado y acompaña á los bandós, sujeto encima de la cabeza con la corona nupcial de rosas y lilas blancas, de cuyas flores lleva tambien un tapamoño.

Para terminar este cuadro reseñaremos otro vestido de señorita, tambien blanco, que podrá ser de seda ó de granadina, guarnecido de bieses y botones de seda azules. El cuerpo es liso, el talle redondo, la manga ajustada: un cuello doblado, de grandes picos, adorna el escote. La falda inferior es larga y lleva el bajo adornado de tres bieses azules: la superior es corta, y está cortada á picos, cuya forma siguen tres órdenes de bieses que la guarnecen y suben por ambos lados, figurando abertura hasta un poco mas de la mitad de la falda. El cinturón de seda azul flota en largos cabos por detrás. Un sombrero de tul blanco acompaña á este traje, cortado tambien á picos guarnecidos de bieses de terciopelo azul, y orillados de estrellitas blancas, que descansan sobre un encaje como un flequillo. Un lazo de cinta blanca con filetes azules ocupa el centro, con una camelia blanca en su centro. Las bridas son de la misma cinta de seda, y se atan retorcidas, sujetándose con una camelia debajo de la barba.

Con el número inmediato repartiremos la lámina de confecciones á las señoras que como suscriptoras or un año ó seis meses tienen derecho á este REGALO.

CAROLINA SOREL.

INSTRUCCION.

CASANDRA FEDELE.

En los siglos XV y XVI florecieron muchas mujeres ilustres, cuyo mérito fué tanto mas admirable, cuanto era mas escasa la instruccion generalmente concedida á nuestro sexo. Apenas hay pais que no ostente con orgullo uno de esos prodigios femeninos, que excitaba la admiracion y el entusiasmo de sus contemporáneos, y cuyo nombre vivirá incólume en los fastos de la historia. Esto prueba cuanta verdad encierra el dicho célebre de Mad. Staël, de que *donde hay fuego brilla*; en efecto, inútiles son las vallas que el destino ó las preocupaciones sociales quieran oponer al génio, porque éste, omnipotente é inmortal como el Dios de quien dimana, rompe las cadenas que le oprimen, y se remonta hasta el firmamento en busca del lauro codiciado. Florece, como florece la flor, sobre los ásperos peñascos y á pesar del viento que la combate; rompe como la crisálida su mortaja, porque es preciso que se convierta en mariposa.

En la Edad Media, cuando una insuperable barrera dividía entre sí las diferentes clases sociales, cuando las

prerogativas del nacimiento se sobreponían á todas las demás prerogativas, vemos, no obstante, salir de las esferas mas pobres, mas humildes, sábios esclarecidos, Príncipes y Ministros prepotentes, Reyes y Papas que asombraron al mundo con el eco de su gloria. ¡Singular fenómeno que prueba hasta la evidencia el poder omnímodo del génio!

Sea cualquiera la frente que ilumine, los hombres deslumbrados por su luz brillante, se inclinan, se apartan, le abren paso, y aun le empujan para que llegue mas pronto al templo de la fama. ¡Dios que envía á la tierra á los génius superiores, para determinar la marcha ascendente del progreso, lo ordena de este modo, y es imposible que fallen jamás sus sábias leyes!

¡Oh, vosotros los que sentís arder en vuestro pecho la llama ardiente del génio, no desmayéis en la lucha azarosa de la vida, no retrocedáis ante los obstáculos que os oponga el mundo; el génio necesita templarse al fuego de los sinsabores, purificarse con las lágrimas amargas; pero como los mártires y los santos, puede avanzar sereno en su camino, seguro de alcanzar algun dia el lauro que ambiciona!

Casandra Fedele, natural de Venecia, fué la verdadera maravilla del siglo XV. Perteneciendo á una familia de no-

bles patricios, pero pobre en bienes de fortuna, pasó los primeros años de su vida entre las privaciones, el aislamiento y la tristeza. Su madre había descendido prematuramente á la tumba, su padre era ciego; sus hermanos mayores habían ido pereciendo en el mar uno á uno, sus hermanitas menores, de las cuales era la madre bondadosa, necesitaban de su apoyo y sus cuidados.

¡Oh, cuántas veces pasaba trabajando las horas lentas de la noche, viendo al través de los vidrios de su ventana, como las góndolas empavesadas y resplandecientes de luces se deslizaban á lo largo de los canales, conduciendo á sus moradas á los felices de la tierra, que habían pasado aquellas mismas lúgubres horas en medio de las fiestas bulliciosas; cuántas veces mientras la alegre multitud se solazaba en las orillas del mar, ella, rendida de cansancio y de tristeza, fijaba sus ojos en las ondas de la salada superficie ó en la estension brillante de los cielos, y pedía á Dios y á la naturaleza consuelos y esperanzas!

Su padre era muy erudito, y su único placer consistía en la lectura. Casandra, por filial complacencia al principio, por verdadero entusiasmo despues, se entregó al estudio. Precisada á leer aquellos libros que no comprendía, quiso descifrar su misterioso sentido, y casi sola se instruyó de una manera prodigiosa. Mas tarde su creciente afán de ciencia la condujo á privarse de todos los regalos, de todas las comodidades de la vida, para apurar la copa del saber, cuyas aguas eran tan gratas á sus sedientos lábios. Tuvo maestros que se interesaron por ella, asombrados de sus rápidos y felices adelantos, y aunque para entregarse al estudio debía renunciar al sueño y á los mas inocentes placeres, logró ocupar, á la tierna edad de diez y seis años, un puesto eminente en el mundo civil y literario, adquiriendo una gran celebridad en la filosofía, en la elocuencia y en la historia.

El Senado veneciano, por mas que se le acuse con justicia bajo otros conceptos, era celoso protector de las ciencias y las artes, y el génio hallaba siempre en él estímulo y recompensa.

La fama de Casandra había crecido rápidamente salvando los límites de su patria, y el Senado quiso oirla.

¡Oh! fué un día muy hermoso para ella aquel, en que dando el brazo á su anciano y ciego padre, y precedida de sus tres hermanas jóvenes, subía la escalinata del Palacio de los Duces, para hacer gala delante de aquellos ilustres y sábios Patricios de su singular talento y su erudicion vastísima.

Tímida, modesta, de fisonomía dulce, de modales finos y delicados, se captó las generales simpatías, aun antes de abrir los lábios.

Pero apenas empezó á hablar, desaparecieron su timidez y su encogimiento, y el génio, como trasportándola fuera de sí misma, la comunicó una elocuencia sublime y arrebatadora.

El discurso que pronunció era en latin, y á la profundidad de los conceptos, á la lógica de los pensamientos, unía la brillantez de las imágenes, y esa galanura del estilo, que solo puede comunicar al lenguaje un alma sensible y apasionada.

El triunfo de Casandra fué completo. Lágrimas de ter-

nura y entusiasmo surcaron las mejillas de los graves Senadores, interin duró el discurso, y al terminarse, fueron tan benévolas y halagüenas las palabras que la dirigió el Dux, que se retiró á su casa transportada de contento.

Este triunfo no fué mas que el preludio de otros muchos que alcanzó en la brillante carrera de su vida, y era tanta la estima en que se la tenía por la sensatez de su consejo, que no solo el Senado consultaba su opinion con respecto á los intereses de la república, sino que siguió una correspondencia muy activa con los mas altos y distinguidos personajes de la época. Angel Policiano, Pico de la Mirándula, el Papa Leon X y el Rey de Francia se honraron con su amistad, y los Reyes Católicos de España concibieron tal entusiasmo por su talento y nobles prendas, que quisieron traerla á su corte.

Al efecto enviaron á Venecia á D. Diego de Mendoza, esforzado caballero que se había distinguido mucho en el sitio y toma de Granada, encargándole que no escasease para persuadirla halagos ni ofrecimientos.

Entonces sucedió lo que casi podia preverse que sucediera, D. Diego se apasionó ciegamente de Casandra, y unió las seducciones del amante á las del legado régio.

Casandra no se mostró indiferente á la pasion del bizarro caballero.

—Soy el único sosten de mi familia, la decia éste, tengo una madre anciana y siete hermanas. Mi espada pertenece además á mis Reyes; mi sangre á la España. Solo siguiéndome á mi país, podrá santificar el himeneo el amor sublime que me abrasa!

—Tengo un padre ciego y tres hermanitas jóvenes, respondia Casandra. Mi talento pertenece á mi patria; lazos de eterna gratitud me unen al Senado veneciano. Solo quedándote en mi país, podremos realizar la union hermosa que ambicionan nuestras almas!

Esta noble lucha entre el deber y el amor duró largo tiempo, labrando la desventura de los dos infelices amantes, pero por fin cedió Casandra.

Ya se balanceaba orgullosamente sobre las ondas la nave que debía conducirlos á España, ya Casandra de pié en el Lido, se despedía entre lágrimas y sollozos de su padre y sus hermanas, mientras el pueblo aglomerado en torno suyo, murmuraba sordamente, como para protestar de su viaje, cuando apareció un anciano Senador, rodeado de un brillante séquito.

—Casandra Fedele, dijo éste desdoblado un pergamino que traía en la mano, en nombre de la Serenísima República, te prohibo que abandones á Venecia, y prefieras otros lauros á los que te ofrece tu patria! ¡Si tal hicieses, serias ignominiosamente borrada del catálogo de las nobles patricias venecianas!

—Hija! exclamó el anciano ciego, dudarias aun?

—¡Viva la República de Venecia, viva Casandra Fedele! gritó la multitud arremolinándose en torno de la joven, y queriendo alejarla de la playa.

—¡Los Reyes Católicos te brindan con honor y gloria, exclamó D. Diego, mi amor te ofrece la ventura!...

Casandra estuvo un momento trémula y perpleja. La lucha fué espantosa. Despues levantó los ojos al cielo, y exhaló un suspiro. ¡El sacrificio estaba hecho!

—Parte, y sé feliz, dijo á D. Diego. Cumple tú los deberes de hijo y de patricio; yo cumpliré los míos. Toma el anillo nupcial símbolo de nuestra union: toma y guárdalo en mi memoria! ¡Ay de mí! ¡No he podido ser tu esposa, no lo seré de nadie! Tú, mi familia y Venecia sereis los únicos amores de mi vida.

Cumplió su promesa: dividió su existencia entre el es-

tudio y la práctica de las dulces virtudes domésticas, y dejó á su muerte igual fama de virtuosa que de sabia.

Venecia conserva con mucha estima sus numerosas obras, y es lo primero que enseña, con noble orgullo, al que llega de remotos climas para admirar las maravillas que guarda en su recinto.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Á LA PRIMAVERA.

Yo te saludo, Primavera hermosa,
Llena de encantos, de atractivos llena,
Que con tus alas de jazmin y rosa
Has venido á endulzar mi amarga pena.

Los campos á tu vista reverdecen,
Los pajarillos al mirarte trinan,
Las brisas en los árboles se mecen,
Y á tu saludo la cabeza inclinan.

La azucena gentil, el bello nardo,
La violeta que crece en la pradera,
La linda rosa, y el clavel gallardo,
Todas te rinden culto, Primavera.

Del arroyuelo la corriente undosa
Redobla su murmullo al contemplarte,
Y la alegre y pintada mariposa
Sobre la flor se mece al saludarte.

Tú consuelas los tristes corazones,
Das reposo y sosiego al alma inquieta;
Tú llenas de celestes ilusiones
La fantástica mente del poeta;

Por tí suena mejor el arpa de oro,
Tú me infundes valor, tú, generosa,
Conviertes en placer mi triste lloro:
Bendita seas, Primavera hermosa.

CLOTILDE AURORA PRÍNCIPE.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

VI.

Ada.

El conde de Silo era un caballero anciano que nuestras bellas lectoras vieron llegar con el Marqués al olivar del

Duque en Tórtola; pero como entonces no tuvimos tiempo de darle á conocer, lo haremos ahora, presentándole de nuevo en el palacio de sus antepasados, donde se hallaba en un gran salon de artesonado techo y magníficas molduras en las ventanas y paredes.

Acababa de llegar del campo y habia ido á sentarse en un gran sillón; rodeábanle tres ó cuatro galgos, que eran sus compañeros inseparables.

El salon estaba decorado con antiquísimos muebles, que habrian servido á tres ó cuatro generaciones, y que demostraban la opulencia y antigüedad de su ilustre casa.

Poseía el Conde una figura agradable, hermosa sin duda en su juventud, pero que los años habian ido marchitando, á pesar de que se conservaba en muy buen estado de salud, y tan ágil y fuerte como un muchacho.

Su continua ocupacion era la caza; de nada mas entendia ni queria entender, porque le eran enojosos los libros y cualquier otra clase de distraccion. Descuidaba continuamente en la Condesa, que con una prudencia y discrecion admirable atendia á todos los negocios de la casa; él la dejaba hacer cuanto queria, únicamente no toleraba variaciones de ninguna clase en su salon de recibo, en su dormitorio y en su despacho, que estaban decorados de igual modo que cien años antes, cuando su primer abuelo compró el palacio de Quintanilla y fué á establecerse en él.

A la derecha del salon tenia el dormitorio, que comunicaba por una puerta con las habitaciones de la Condesa; á la izquierda el despacho, que tenia una puerta de comunicacion con la Biblioteca, la que visitaba todos los días el Conde; pero no era para examinar los interesantes libros y manuscritos que allí se guardaban, sino para ganar terreno y bajar mas pronto á la perrera, que estaba situada en el piso bajo inmediata al jardin.

Las habitaciones de Ada y de la Condesa formaban un contraste notable con las del Conde: en ellas habia demostrado el buen gusto y la elegancia, que no todos los géneos son iguales, y mientras unos son apegados á las rancias preocupaciones de los antiguos, otros son apasionados de todo lo nuevo, de todo lo fresco y gracioso. En este caso se hallaban los Condes; cada uno pensaba de diferente manera, y sin embargo armonizaban perfectamente, porque la Condesa era una mujer de mucho talento, y toda su vida procuró respetar las preocupaciones de su marido, para que él respetara las suyas, y en efecto, cada uno seguia sus

ideas, viviendo en paz y sin conocer los altercados tan frecuentes entre personas de diferente génio.

—La señora Condesa y la señorita han almorzado ya; como era tan tarde... dijo un criado que se presentó á despojar al Conde de sus chismes de caza.

—¡Es verdad! me entretuve demasiado; pero no importa, sírvenme aquí el almuerzo, ¿ellas irán á dar un paseo, eh?

—Sin duda; ya mandaron enganchar el carruaje, pero acaban de entrar el señor Marqués y otro caballero.

—¡Ah! será su hermano; vé y díles que no se marchen sin verme, que tengo ganas de abrazar á ese bizarro militar, y tráeme pronto el almuerzo, porque el ejercicio tiene para mí el don inapreciable de despertarme un apetito voraz.

—Inmediatamente será servido el señor Conde, dijo el criado saliendo del salon.

Mientras el noble señor satisface su apetito, pasaremos al cuarto de la Condesa.

Era esta señora hermosa, á pesar de sus cuarenta años y de la melancolía ya natural en ella que se reflejaba en sus facciones, demostrando que abrigaba su corazón una de esas penas íntimas y amargas que no cura el tiempo, y que tienen el poder de arrebatar la alegría, y de transformar en triste y meditabundo el carácter mas espresivo y alegre.

Estaba en un precioso saloncito, tapizado de raso azul con flores blancas; las colgaduras y la sillería eran de igual tela, y las maderas de las sillas y las mesas doradas. Varios cuadros antiguos de muchísimo mérito adornaban las paredes, estando muchos de ellos nuevamente restaurados, y alternando con otros modernos, lo que demostraba el gusto esquisito de la Condesa por las artes, y la protección que concedía á los artistas, enriqueciendo cada día su magnífica colección con un nuevo cuadro.

La Condesa estaba sentada en un divan y tenía un libro en la mano cuando le anunciaron á los dos hermanos.

Poco despues se hallaban éstos en su presencia, y eran recibidos con el mas afectuoso cariño. Enrique sostenia toda la conversacion.

—¿Y Ada? Tengo muchos deseos de verla, dijo éste despues que hubo rodado la conversacion sobre varios temas.

—Está vistiéndose, ¡ah! no sabe Vd. qué caprichosa es, lo mismo que cuando tenía nueve años; cada día le gusta estrenar un vestido y siempre está renovando los muebles y los adornos de su cuarto; tiene un afán increíble por todo lo nuevo, y en esto no se parece á su padre, que duerme todavía en la cama de columnas salomónicas que perteneció al primer conde de Silo, su abuelo.

—Pero Ada habrá estudiado en la escuela de Vd.

—Es que yo ni admito los adelantos modernos ni las preocupaciones antiguas; de unos y de otras escojo lo mejor y lo acomodo á mi gusto, haciendo á veces amalgamas muy bellas y muy convenientes; pero Ada, no señor, todo lo que usó ayer lo encuentra feo hoy, únicamente no comprende en su extraño capricho á las personas, porque á nosotros nos quiere cada día con mas delirio; á su madre de Vd. igualmente, y á los criados viejos los tiene toda clase de consideraciones, y por nada del mundo consentiría

en que fueran despedidos para poner jóvenes en su lugar.

—Estrañó carácter; siempre fué una criatura encantadora; me parece estarla viendo correr por el jardín tras las mariposas, y alcanzando nidos de golondrinas para ponerlas una cinta, que era todo su afán.

—Igual sigue; siempre á vueltas con las golondrinas, queriendo saber si han venido otra vez las del año último, y cuántas se quedan por allá. ¿Pero qué es eso Marqués, está usted triste? Me parece hallarle hoy muy cabizbajo.

—En efecto, me encuentro algo desazonado, dijo el Marqués con una forzada sonrisa.

—Aquí viene Ada, siempre cantando.

—En efecto, se escuchaba una voz pura y argentina que tarareaba una canción del país; poco despues entró corriendo en el salon una preciosa niña de pequeña estatura, pero admirablemente hermosa; parecia un ángel, con su cabellera rubia y ojos azules, de un azul purísimo, y en los que se reflejaba la espresion de un alma cándida y completamente feliz. Su alegría era tan expansiva, tan natural, que encantaba; se conocía que la tristeza no habia penetrado jamás en su corazón.

—¡Ah! mi querido futuro, exclamó riendo como una loca, tenemos que reñir; hace dos días que no se ha dignado Vd. venir á ponerse á mis piés, y esto es imperdonable; ¿mas ah? perdonen Vds. mi ligereza, no creí que hubiese aquí personas extrañas; pero lo dicho, dicho.

—Hija mia, si es Enrique, ¿qué no le conoces? dijo la Condesa.

—Verdaderamente que no le conocía, y como está usted, amigo mio; ¿cuándo ha venido? Ya no nos dejará hasta despues de la boda, ¿eh?

Todas estas preguntas las hizo Ada con su natural viveza, fijando en Enrique sus hermosos ojos con una espresion de asombro y estraneza imposible de describir.

—Señorita, traigo licencia para seis meses, y tendré un placer en asistir al enlace de Vd. con mi hermano, siendo para mí una felicidad el que me permitan ser su padrino.

El Marqués, que escuchaba con disgusto esta conversacion se habia acercado al balcon, y miraba atentamente la gente que pasaba por la calle.

—Por mi parte, con mucho gusto; no sé que dirá Sebastian, contestó la jóven con ironía encogiéndose de hombros; vea Vd. que modo tiene de disculparse por el extraño olvido en que me tiene; francamente, estoy muy incomodada con él.

—No lo creo yo así, y sino dígalo este ramo, que estaba haciendo para Vd. hace un momento, cuando fui á rogarle que me acompañase hasta aquí.

—Para mí, ¿y lo hacia él? No lo creo.

—A fé de mi nombre, dijo Enrique presentándole el ramillete que habia hecho María.

—Muchas gracias, á Vd. se lo agradezco, y le prometo conservarle como recuerdo de su primera visita; á Sebastian no, porque jamás ha tenido una atencion semejante, ni una sola flor conservo suya.

Un criado se presentó á decir que el Conde los esperaba en su habitacion.

—¡Sí! vayan Vds. á ver á papá, y luego nos acompañarán á paseo, no ¿es verdad? dijo Ada.

—Con mucho gusto, contestó Enrique.

—Voy á buscar mi sombrero; quieres que te traiga el tuyo, mamá?

—No, hija mía; iré yo por él, pues tengo que dar algunas órdenes á mi doncella; por aquí señores pueden Vds. entrar en la habitacion de mi marido, dijo la Condesa abriendo la puerta de comunicacion.

El Marqués se inclinó ligeramente, y paso sin volver la cabeza y sin mirar á su prometida; Enrique, que tenia fijos los ojos en ella, vió contraerse su lindo rostro por una espresion de disgusto, que fué una ráfaga ligera, porque al momento sonrió con él, empezando á mirarle con la mas viva simpatía.

La Condesa los saludó y cerró la puerta.

—¡Oh! qué preciosa niña, exclamó Enrique.

—¿Te gusta mas que la hija del guarda?

—¡Qué tiene que ver!... esta criatura es un ángel!

—Sí! pues házle el amor!...

—Estás loco?

—No por cierto; es que me disgustan sus vivezas y su génio caprichoso. Si la amas, te la cedo sin pena, y me hareis feliz.

—No digas eso, ni en broma: Sebastian tu compromiso con ella es ya una cosa de familia, acordada por nuestro padre antes de morir, y por ningun pretexto debes, ni puedes deshacer tu enlace.

—Ah! seríamos infelices todos, dijo el Marqués entrando en el salon donde el Conde de Silo les aguardaba rodeado de sus perros, como de una guardia de honor.

VII.

Desgracia.

La misma tarde que tuvo lugar esta conversacion, comieron las dos familias reunidas en la quinta de la Marquesa; concluida la comida salieron á pasear á los jardines.

La Marquesa y la Condesa iban hablando de sus hijos, y poniendo cada cual en las nubes las buenas condiciones que les adornaban.

El Marqués, sin hacer caso de Ada, se acercó al Conde y empezó hablarle de caza, conversacion que tenia mucho atractivo para el anciano, y única que sabia sostener largo tiempo.

Ada furiosa al ver la indiferencia del Marqués, se cogió del brazo de Enrique, y le dijo:

—Vamos por esta calle de rosales.

El jardin era inmenso y se prolongaba en unas grandes alamedas, separadas nada mas que por una ligera verja; de manera que las tres parejas se fueron sin advertirlo cada una por su lado.

Ada llegó con Enrique á la casita del guarda mayor, á tiempo que salió un grito penetrante y angustioso.

—Qué sucede? Dios mio! alguna desgracia, exclamó la encantadora niña, penetrando en la casa sin ceremonia alguna.

En efecto, un cuadro lastimoso se ofreció á su vista; el anciano Mauricio, que debía disfrutar poco tiempo los bene-

ficios del Marqués, yacia en tierra sin sentido atacado de un accidente apoplético.

Mauricio y María le rodeaban llorando desconsoladamente.

—Ah! pobre anciano!... exclamó Ada arrojándose cerca de María; corra Vd. Enrique, que venga un médico y criados para conducirlo á la cama. Es su padre de Vd? preguntó á la jóven.

—Sí, señora, exclamó ésta llorando; es nuestro único consuelo en el mundo y le vamos á perder.

—No se aflija Vd., quizá sea una cosa pasajera, apliquemos á su nariz una esencia fuerte á ver si recobra el sentido, precisamente llevo aquí mi frasco, como mamá padece tanto; tómeme Vd., dijo Ada.

Empero todos los remedios fueron inútiles para el pobre Mauricio; llegó el médico, y se le aplicaron cuantos recursos aconseja la ciencia, dejando de existir aquella misma noche.

María no se apartó de la cabecera de su cama, dejándola traspasada de dolor cuando ya eran inútiles sus cuidados, para atender á la infeliz Macrina, que á consecuencia de tan inesperado golpe sufría continuas y violentas convulsiones.

Ada no quiso marcharse á su casa hasta ver en qué paraba aquello, y estuvo acompañando á María, sintiendo por ella un vivo interés, y formando un empeño grandísimo por llevársela á su casa, así que supo que las dos pobres mujeres no contaban con mas recursos que con el jornal de Mauricio.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Juicios y reglas sobre la poesía y arte de escribir,

TRADUCIDAS POR FERNAN CABALLERO.

Para mil versificadores que tienen buenas plumas hay un poeta que tiene grandes alas.

Los versos son á menudo enemigos de la poesía, porque la poesía es la inspiracion del alma, y la versificacion es una convencion del entendimiento. Walter Scott en prosa es mas poeta que Casimiro de la Vigne en verso.

Se le pide una poética al romanticismo, y lo que cabalmente le caracteriza, es que esa poética es imposible; cada obra romántica lo es originalmente y á su manera, y por eso lo es. La imitacion de una obra romántica, es por ser imitacion una obra clásica, pues ya dejó de ser creacion, y es copia. No hay poética para la originalidad, no la hay sino para las escuelas.

Los mayores defectos de una obra son siempre las bellezas de otras mal imitadas.

Regla general, invariable, sin excepcion, un imitador no copia nunca sino los defectos de su modelo.

Escritores, tened presente que no podeis culpar al lector si no os comprende; siempre hay demasiadas palabras en una frase.

Se debe escribir como se habla; pero no se debe hablar como se escribe.

¡Qué de arte se necesita para ser natural!

La naturalidad se halla en los extremos del arte, al principio y al fin.—Las convenciones y las reglas se hallan en medio.

Pocos hombres saben escribir, y menos leer.

El arte de escribir se compone tanto de reticencias como de frases, y el talento de decir lo que se debe decir no es nada sin el tacto que hace suprimir lo que no es necesario. En los colegios se aprende á hablar, en el mundo á callar. Lo que se da á entender sin espresarlo es el mayor encanto del estilo.

La inspiracion del corazon no es nunca ridicula como lo es á veces la de la imaginacion; por eso las mujeres suelen estar mejor inspiradas que muchos hombres.

Hay dos maneras de escribir mal. La una es cuando el autor desconfia de sí mismo, y todo le parece aventurado, atrevido, y neológico, y así á fuerza de timidez y de refinamiento debilita y empobrece la idea. La otra es cuando el autor quiere sobresalir, y todo le parece demasiado sencillo y vulgar, y buscando lo nuevo y lo imprevisto ó picante se hace ridiculo. No hay sino una manera de escri-

bir bien, y es no procurar, sino ser uno propio, lo que es un gran mérito, tan poco comun en el estilo como en el mundo.

No hay ideas nuevas, pero hay espresiones nuevas. No hay materias nuevas, pero hay formas nuevas.

El mundo moral, así como el físico no vive sino de metamorfosis; no se crea ni una verdad, ni un átomo.

No se sabría nada si solo se supiese lo que se aprende; lo que mejor se sabe es lo que se adivina.

El estilo es el hombre, ha dicho Buffon.—Añadimos, la lengua es el pueblo, gran parte de la historia de una nacion se halla en su diccionario.

Cuando una lengua ha llegado á ese estado de perfeccion de tener voces para decirlo todo, las costumbres públicas han llegado por lo regular á ese punto de corrupcion que tiene argumentos para probarlo todo.

Juan Jacobo Rousseau nos ha probado una triste verdad, y es que la imaginacion puede copiar al corazon al punto de equivocarlos.

El gran secreto de un autor que aspira á lauros, es el insertar en su libro una página para cada lector.

Poco conforme el traductor con esta coquetería literaria, créese que todo autor debe cuidarse poco de lauros y solo aspirar al aprecio; y que éste, sin buscarlo lo halla, insertando todas sus páginas para la verdad, segun se le presenta á su conciencia ó á su criterio literario bueno ó malo.

TEATROS.

Ocasion tendríamos para escribir una larga Revista y para estendernos en consideraciones de verdadera crítica si la premura del tiempo, y la escasez del espacio de que hoy podemos disponer no nos forzaran á concretarnos á estrechísimos límites, tales que mas que artículo harán parecer esta reseña un suelto ó una gacetilla. Digamos sin embargo lo que podamos acerca de un asunto importante, que otro día vendrá en que nos sea dable tratar de él con debido detenimiento.

Se ha verificado en el coliseo de la ZARZUELA, en descargo sin duda de antiguos pecados literarios, una solemnidad notable que dejará recuerdo indeleble en los círculos españoles de artes y letras.

Dicha solemnidad se ha realizado en la noche del domingo para dar digno comienzo á la segunda temporada del año cómico.

Tratábase de festejar la memoria del príncipe de los ingenios españoles cuyo natalicio tocaba conmemorar ayer, y al efecto se ofreció al público una funcion muy significativa, y de alto respeto para el nombre de Cervantes.

Constituian el fondo de tal funcion dos cuadros del drama biográfico titulado *Miguel de Cervantes* que dejó sin concluir el insigne escritor y correcto poeta D. Ventura de la Vega. Denominase dicho fragmento *Los dos camaradas*. Iban precedidos de unas escenas improvisadas para servir de prólogo á la representacion, escritas por un admirador de *El Hombre de mundo*, con el nombre de *Un hallazgo literario*; y le siguieron para concluir *La Hija de Cervantes*, loa del Sr. Hartzembusch, y varias poesías alusivas á la fiesta, compuestas por escritores de nombradía.—Véase, pues, que la solemnidad era completa, y que vivos y muertos honraban el recuerdo y la gloria del célebre padre del *Quijote*, del esforzado soldado de Lepanto.

Los dos camaradas, son un acabado trozo de un cuadro grandioso. Esta primera página del drama anunciaba dignamente la concepcion en conjunto. Severidad y reposo en la exposicion, admirable trazado en los caracteres, estudio profundo de la época, rotundidad y elegancia en la prosa; hé aquí las cualidades más sobresalientes del fragmento legado á su patria por el Sr. Vega.—El público oyó estos

cuadros con interés y admiración: aquella hermosa habla castellana resonaba en su oído como una sonora y dulcísima música; aquellos toques vigorosos del pincel del artista ponían delante de sus ojos una galería completa de acabados retratos.

El á propósito representado por vía de proemio con el título de *Un hallazgo literario* es bueno cuanto buena puede ser una obra de circunstancias tan especiales como las que lo caracterizan. Dirigido á informar al público de los precedentes necesarios para que conozca la clase de obra que va á ver ejecutar, cumple con habilidad y de un modo clarísimo su cometido. Además está escrito en fácil y esmerada prosa. Fué muy aplaudido y pedido el autor; pero éste tuvo la delicada atención de velar su nombre para que en aquella noche no resonaran otros que los de Cervantes y Vega. —Tan exquisita idea honra mucho al Sr. Eguílaz, autor de *Un hallazgo literario*.

De *La Hija de Cervantes* nada diremos porque bien conocida es del público esta loa. Solo habremos de añadir que

á su final se leyeron tres poesías: del mismo Sr. Vega, y de los Sres. Harzembusch y Escosura.

La ejecución de esta función literaria merece sinceros elogios: todos los actores se esmeraron en dar propiedad y colorido á sus respectivos papeles; y por lo que concierne á la dirección y servicio de la escena no menores se deben tributar, porque fueron desempeñados con sumo acierto. No sabemos quien ha dirigido esta función, pero esto no importa para decir que lo ha hecho muy bien, con un tino y un gusto nada común por cierto. Verdad es que lo mismo se viene observando en las funciones estrenadas hasta aquí desde que le empresa corre á cargo del Sr. Gaztambide. ¡Cuántos males puede remediar un buen director de escena! ¿De qué sirve una buena colección de profesores músicos sin una acertada y enérgica *battuta*? Nunca forman orquesta.

Mas aquí nos vemos obligados á detenernos.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Las dos que muestra nuestro grabado, son de tanta utilidad que se recomiendan por sí mismas. La primera es un modelo de *guipure mosaico* hecho á feston, y ocupados los centros por molinetes: como dijimos en la reseña del día 8 del corriente, refiriéndonos á otro modelo semejante, sirve esta labor para enriquecer, en cenefas ó entredoses todo género de lencería, emparillando muy cruzado el dibujo, y recortando los espacios después de ejecutadas las estrellas á feston: en los espacios que muestra el dibujo, se llenan los centros con molinetes, unos hechos en bodoque y otros con un ojetito á feston.

El núm. 2 representa un fleco de seda con pié de crochet, muy á propósito para adornar trajes, abrigos, etc. Su ejecución es como sigue:

Princiábase por hacer una cadeneta de la estension que se desee el fleco, y sobre ella una vuelta de barras.

2.^a *Vuelta*.—3 bar. en un mismo punto, 3 bar. en un solo punto dejando tres por medio de la vuelta anterior, y lo mismo hasta el fin de la vuelta.

3.^a—Como la anterior, haciendo las tres barras entre los huecos de las otras.

4.^a—Se pasan 12 bar. de la vuelta anterior á punto doble, 10 ps. de cadeneta que forman una presilla sobre las tres barras que siguen. Puntos dobles sobre las 12 siguientes, y así hasta concluir la vuelta.

5.^a—Se pasan á puntos dobles 9 bar.—24 bar. en la presilla de los diez puntos.—6 ps. dobles sobre las seis barras del centro de la tercera vuelta.—24 bar. en la presilla siguiente.

6.^a—Puntos dobles sobre los anteriores, 3 ps. s. sobre la primera barra de las 24, y en estos tres puntos uno do-

ble en el último ejecutado, 1 bar., y otra en el otro, con lo cual resulta un pico al aire que se sujeta al feston, haciendo otros cuatro picos semejantes en el semicírculo. Puntos dobles sobre los dobles que siguen; 5 picos sobre las barras de la presilla.

7.^a—7 ps. s., 1 p. d. en el primer pico, 7 ps. s., 1 p. d. en el pico siguiente, y así toda la vuelta, enganchando el sexto feston en el centro de los puntos dobles que separan los semicírculos.

8.^a—Como la anterior, haciendo cada feston de ocho puntos, y enganchándolos como muestra el dibujo.

Para el fleco se cortan de torzal ó de seda infinitos cabos de doble tamaño al que haya de tener el fleco, y de gran igualdad, para lo cual se rodea el torzal á una tabla, cortándole luego: en cada una de las presillas se anudan cuatro cabos por la mitad, y en la presilla que resulta mas corta se fija una borla hecha del mismo torzal con muchos cabos mas cortos, y sujetos, formando cabeza. Hecho esto, queda concluido este elegante fleco, que puede adornar el traje mas suntuoso.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

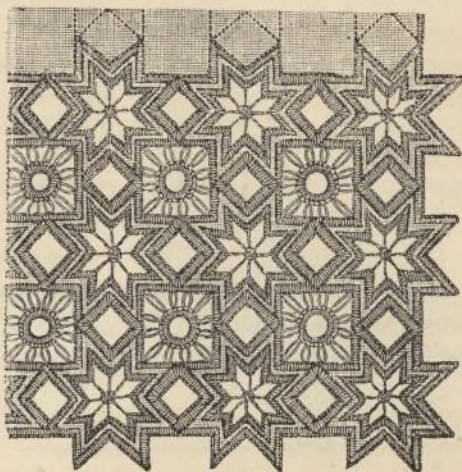
Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

1



2

